

The background features a large, dark brown circle in the center, overlapping a horizontal band of a lighter brown color. Below this, there are several overlapping circles in various shades of brown and tan, creating a layered, abstract effect. The text is centered within the dark brown circle.

A propósito del  
género Cuento

# A propósito del género Cuento

Elogio del cuento

José Zuleta Ortiz

Contar es el más humano de los actos. Se sabe que la civilización, que la cultura, que todo lo que somos como seres sociales, proviene de nuestra pasión por compartir historias. El origen del cuento se remonta al origen del hombre. Incluso se dice que el lenguaje mismo proviene del deseo de contar, que fue la poderosa necesidad de compartir las experiencias lo que dio origen a esa maravilla humana, a ese gran juguete que llamamos lenguaje.

Debemos suponer que la gestualidad, la imitación y el instinto, fueron superados por la necesidad de comunicar experiencias, por la necesidad de conocer el mundo para poder comprenderlo, habitarlo y disfrutar de él. Así el mito, la fábula, el juglar y el relato, crearon el mundo que habitamos. En esta ardua y apasionante aventura, hemos logrado ser lo que somos. Creamos desde la narración dioses a nuestra imagen y semejanza, mundos horribles, paraísos. Con un poco de realidad y mucho de ficción, inventamos las religiones, la magia, las primeras historias que cantamos. Ya investidos del poder del arte de la narración hemos construido la cultura: el mejor ejemplo para los occidentales es la Biblia, que logró edificar desde la literatura gran parte del mundo moral y ético en que hemos vivido los últimos veinte siglos. Desde entonces, pocos asuntos han cambiado de manera sustancial en el interminable camino del cuento.

Gran parte de nuestra relación con la fantasía, de nuestra capacidad de imaginar y de construir mundos posibles, proviene de nuestra infancia; fuimos formados en la ficción de los cuentos. En esas primeras lecturas se crearon, y se crearán, muchos lectores. Es claro que la lectura de cuentos es una gran constructora de lectores. Lo que aún no es tan claro, pero que sí es muy cierto, es que la escritura de cuentos es una gran formadora de escritores.

El género del cuento goza de un gran prestigio entre los literatos y, paradójicamente, por un asunto de moda y de comercio, es cada vez menos publicado, menos leído y, en consecuencia, menos escrito. Hay una razón poderosa para vindicar el género; es uno de los más exigentes, es uno de los más formadores y el que mayor placer proporciona.

Alguna vez, el cuentista francés Guy de Maupassant escribió sobre el arte de escribir cuentos:

“(...) el escritor aprecia el universo y a los seres humanos de una manera que proviene de combinar sus observaciones y sus reflexiones. A fin de conmovernos como él ha sido conmovido por el espectáculo de la vida, debe reproducir su observación ante nuestros ojos con escrupulosa exactitud, debe componer su obra con tal sagacidad, con tal disimulo y aparente simplicidad, que se nos haga imposible descubrir su plan o percibir sus intenciones (...)”

En este punto preguntémosnos: ¿qué caracteriza un buen cuento?

En principio que sea memorable, y que despierte el deseo de ser compartido. Un buen cuento es un lugar donde uno quiere regresar. Por ello los buenos cuentos se leen varias veces. En muchas ocasiones un cuento es una revelación, un atisbo, al fondo, de lo que somos, un relámpago de luz sobre la condición humana. Además de la vivacidad y la inteligencia para exponer el asunto sobre el cual gira el cuento, hay algunos elementos propios de la forma, que son importantes: la atmósfera, la poesía y el ámbito de intimidad que logre con el lector, son claves en los cuentos memorables. En el cuento se reúnen todas las destrezas de un narrador: la tensión, la construcción de personajes, la creación de ambientes, los diálogos, la poesía, el ritmo...en fin, todos los elementos de la narración, con la particularidad de que el cuentista debe prescindir de lo accesorio, porque en ningún género como en el cuento, advertimos lo que no es necesario.

Alguna vez, a propósito de un cuento, el narrador ruso Antón Chéjov, dijo a un joven escritor: “Es usted demasiado perezoso o no quiere amputar de un solo golpe todo lo que es inútil. Para esculpir un rostro de un bloque de mármol, hay que desbastar la piedra bruta hasta remover de ella todo lo que no sea ese rostro, ¿me entiende?”.

La destreza del escritor de cuentos consigue, de este modo, un lector inteligente, construye un lector atento; con este propósito deja muchos cabos sueltos que el lector debe atar, hace leves insinuaciones, dispone trampas que el lector debe sortear, y así el lector de cuentos termina siendo de algún modo coautor del cuento. Por ello un buen cuento reclama un buen lector, del mismo modo que buen lector no tolera un mal cuento.

Hay una condición fascinante del cuento: es enigmático. Algo invisible, emparentado con la simpatía, nos alienta a continuar la cifrada lectura. Aquello que comienza como mera cordialidad entre el autor y el lector, termina en una fraternidad, en una amistad apasionante. Esta circunstancia afortunada ocurre cuando un buen cuento consigue convocar al anónimo, laborioso lector, en aquella íntima, impredecible y venturosa comunión que es la lectura.